

## **Bloody Mary**

Yeidi Altieri Sotomayor  
Arecibo, Puerto Rico

Aquella mañana fui a la biblioteca del pueblo, quería leer nuevamente el libro, arrancar la página y visitar la casa de María. Pero no pude hacerlo. No estaba el libro (manchado todavía con sangre) ni tampoco la casa.

En aquel barrio del norte del pueblo la soledad tapiaba las calles y un vendaval de silencio cubría los callejones y las vidas de los que allí vivían. En aquel lugar creció María. Su padre era un desconocido de quién sólo llevaba el karma. Su madre, una mujer a quien apenas veía al caer la noche o al despuntar el alba. El día en que María vino al mundo su madre bendijo la santificación de aquella larga espera. María fue realidad desde el fondo de los sueños. Dicen que esa mañana ella vociferó una oración y ya nunca habló.

María creció rodeada de melancolía, veía el mundo desde su cuarto, aquel microcosmos caliente y vaporizante con olor a menta. No hablaba, pocas veces reía y su risa despegaba las fisuras de sus labios. Aquellos labios carcomidos por la falta de hablar, de masticar con fuerza, de gritar, de besar. Supe de María en la biblioteca, aquel santuario de libros que permitió que mi estadía de seis meses en el pueblo no resultara tan solitaria. Los días se amortajaban sin otro compañero que el mismo de María, los libros. Una tarde coloqué mis cuadernos juntos a la torre de libros que escondían el cuerpo encorvado de María. Parecía una costurera de sueños tratando de hilar palabra tras palabra en las perdidas páginas de un texto polvoriento cuyo título aún recuerdo. Esa tarde un joven se detuvo cerca de nuestra mesa, levantó sus manos, arqueó sus labios y lanzó un beso a una joven sentada al otro extremo de nosotras. María miró intrigada como si hubiera deseado ser aquella joven.

Se llevó lentamente la punta de sus dedos a la boca, como quien se acerca a una brasa de fuego. Su saliva, lava caliente y aún ardiendo, cayó en las páginas de mi

cuaderno. Me vi entonces frente a frente con María, una mirada, un escape, un río subterráneo, una resaca cosmogónica encerraban sus ojos.

Una gota de silencio me inundó el alma. Los ojos de María se llenaron de escarcha. Su aspecto famélico quemó mis arterias y comenzó a sudarme el corazón. Un rosario de lágrimas cruzó mis mejillas y me dio tristeza de María.

Fue la primera vez que conocí la melancolía. María trató de balbucear, pero no pudo; era como si sus labios estuvieran impregnados de olvido. En aquel silencio yo pude escuchar las voces de María, las palabras de aquel cuerpo joven y de alma vieja. En segundos una vorágine de sentimientos me resacó el pecho, me levanté llena de angustia y abandoné la biblioteca. Nunca más vi a María. Sobre la mesa quedó el libro que a escondidas de la bibliotecaria yo había sacado del sótano. De aquel pasillo donde se cultivaban hongos y esporas entre libros prohibidos. A las pocas semanas mi familia se mudó del pueblo, de aquel rincón con olor a ropa vieja. Mi madre me dijo que el aire me había enfermado; mi padre, alarmado ante lo que sucedió en aquella calle, canceló la investigación sobre los suelos y fuente fluviales. Yo sé lo que le había pasado a María, por eso vine aquí.

Una noche, una hormiga de miedo despertó las ideas de María. Le hacía falta algo; el recuerdo le vino de inmediato; no tenía un beso que le apaciguara el sueño y con el cual pudiera frotarse el rostro, el alma, el cuerpo.

La gente del pueblo la consideraba extraña. El sacerdote del pueblo decía que el día en que María nació, seguro se abrió el cielo y una gota de sangre le había caído del alma al cuerpo. La locura dormía junto a María. El médico explicaba que una misteriosa enfermedad había eclipsado su cuerpo y su mente.

Dona Teté, la santiguadora del pueblo, decía que el registro kármico de la chica le hacía arrastrar un espíritu entre aquellos que murieron naciendo y se quedaron atrapados entre abismos y cielos.

Una mañana María, mientras estaba junto a la ventana, cerró sus ojos y pensó en lo que podría ser un beso. Un beso de carne y hueso. Buscó en la mesa y tomó el primer libro, leyó un párrafo que decía “Nacerán estrellas en el fondo de tu herida y te daré todo sin dejarte nada, aroma de ansias despojarán tu pecho y viviré en las llagas de tus

huesos”. Allí estaba la respuesta a su pregunta. Ella era eso, un arrancado beso que no se había terminado de besar.

Eso la comía por dentro, la aislaba, no podía descifrar el misterio. Una fuerte brisa reventó el cristal de la ventana y quebró así mismo el rostro de María. La sangre corrió por sus orejas, sus fosas nasales y le caminó por la espalda. Le sabía a papel tostado; mareada, caminó hacia la cama y se recostó. Un cristal certero le cruzó la yugular. Ella se llevó la sangre a los labios y comenzó a balbucear. En cuestión de segundos María cruzó abismos y cielos, se encontró así misma y pensó en los mutilados deseos que guardaba en su cuerpo. Se sintió feliz. Estaba en aquel río subterráneo, se llevó las manos al rostro, a los labios, al silencio. La gente comentó que María desesperada y en su locura, se había lanzado sobre los ventanales. El sacerdote ofreció misa en silencio. Dona Teté despojó con ofrendas las calles y la madre de María se fue del pueblo.

Traté de conseguir la dirección de la casa de María, pero la gente no supo decir dónde estaba localizada. Me detuve en un bar a la salida del norte del pueblo. Allí conocían a María, los hombres ingerían un poco de aquella historia en cada vaso y en cada cortadura. La bebida tiene sabor a papel tostado y es roja y espesa como el beso que todos llevamos en la hoguera del cuerpo.